

95
LOS VERSOS DE CORDELIA

XXVII PREMIO DE POESÍA CIUDAD DE SALAMANCA

Un jurado presidido por Antonio Colinas Lobato e integrado por Asunción Escribano Hernández, Fermín Herrero Redondo, Juan Antonio González Iglesias, César Antonio Molina Sánchez, José Luis Puerto y Jesús Egido Salazar, con José María Lozano Castaño como secretario, otorgó por unanimidad al libro ***Carreteras que brillan en el bosque,*** de Ramiro Gairín Muñoz, el XXVII Premio de Poesía Ciudad de Salamanca.



Carreteras que Brillan en el Bosque



Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, noviembre de 2024

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es



@reinodecordelia



facebook.com/reinodecordelia



www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Ramiro Gairín Muñoz, 2024

Cubierta: Detalle de *Gas* (1940), de Edward Hopper



**Ayuntamiento
de Salamanca**



Salamanca
Ciudad de Cultura y Saberes
AYUNTAMIENTO DE SALAMANCA

Este Premio de Poesía ha sido convocado
y organizado por la Fundación Salamanca
Ciudad de Cultura y Saberes
del Ayuntamiento de Salamanca

IBIC: DCF | Thema: DCF

ISBN: 978-84-19124-79-1

Depósito legal: M-24413-2024

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Carreteras que Brillan en el Bosque

Ramiro Gairín Muñoz



Índice

Todo al cuerpo	15
MERECER LOS TOPÓNIMOS	17
Alta demanda	19
La lluvia sobre el zorro	21
Otra vez el asombro	25
Merecer los topónimos	27
El niño y el fagüeño	29
El otoño o los límites del lenguaje	31
El jabalí negro	35
La luz de la sangre	37
En el centro del bosque	39
Preguntas a propósito de la Parcela III	43
Ecosistema	45
Los cerezos no son de nadie	49
La civilización en movimiento	51

LOGRAR EL FUEGO	53
Arborecer	55
Los dulces frutos del verano	57
La encina de Villamana	61
Las horas violeta	63
La otra sentimentalidad	65
Con pincel y cuidado	67
Antes del túnel	71
Reproducción del sauce por esquejes	75
Cuento	77
A la mañana siguiente	79
Poética	81
El fuego	85
El humo	87
NOTAS	91



Todos los libros son para Sheila y Iago.

Este, además, es para nuestra tribu de Fiscal.



Una a una, se atenúan las luces del pueblo
y la montaña brilla en la oscuridad, reflejando la luz.

LOUISE GLÜCK

Todo al cuerpo

EL NIÑO solo en brazos halla el aire,
la madre está a menudo muy cansada,
el padre se tropieza con frecuencia.

Alrededor, las cumbres
no pueden prestar siempre su atención;
a veces la ciudad
solo tiene fatigas
para sus hijos pródigos.

Levantar una familia
no es ninguna figura literaria.

Es un trabajo físico
que solo puede hacerse con las manos,
con los pies en la tierra,
ofreciéndose al cuerpo.

Merecer los topónimos



Alta demanda

QUIZÁ NO HAYA un momento más sagrado,
en el que más encima se nos eche
la mirada de un dios, exista o no;
quizá no haya ocasión mejor
para disolverse en acción, sentir
que la tarea y uno son lo mismo;
quizá nunca se dé una comunión
mayor con lo creado, con lo extinto,
con lo que ha de venir,
con el hilo que a todo nos conecta,

que ese tiempo en que tratas de dormir,
de mantener dormido
—si acaso hubo suerte—

en los brazos a un niño, paseando
por una casa a oscuras.

Y nunca será tan tuyo un espacio,
una fuerza, una estela, la sombra
de un álamo de tiempo.

Ni pertenecerás tanto a un hogar.

La lluvia sobre el zorro

Ratones en los campos. Donde cace el zorro,
habrá sangre mañana en la hierba.
Pero la tormenta, la tormenta la lavará.

Louise GLÜCK

LA BELLEZA lo envuelve todo.

Tenemos que ir al médico
hasta el pueblo vecino;
en la ciudad pequeña, al hospital.
Una carretera entre rebollares.
Abajo, el río; más arriba, el bosque
cambiante; en las cumbres,
rocas y huecos para el blanco.
La bojeda, la escarcha, los rebaños.

No es obvia esta belleza
ni son tan evidentes sus mensajes,
aunque nos zarandee.

Estamos aprendiendo, desde aquí,
desde su interior, a desaprenderla.
Puede que así sepamos hacer algo por ella.

O, mejor, que entendamos
cómo no se hace nada.

Las mareas que fueron
antes mucho más altas que estos montes
entregan todavía en cada puerta
los restos repetidos de naufragios,
semillas infecundas,
heridas para siempre palpitantes.

Quizá haya que volver del miedo
de sacarle la sangre a un niño
para ver que cuidar lo bello importa,
que cuidar el temblor que sin nosotros
no existiría salva a lo que tiembla
—las manos de enfermera, la lluvia sobre el zorro—.

Que cuidar es mirar.
Que lo bello es difícil
porque nunca descansa.

Otra vez el asombro

LOS PENÚLTIMOS días de septiembre
son los más calurosos registrados.
Ayer llegó el otoño con sus hojas,
el viento y las bufandas.
Y hoy se ha adelantado
la niebla del invierno, la que no deja ver
lo que hay al otro lado de los puentes.

Uno tras otro,
como los pastorcillos de un belén,
las estaciones y los meteoros
se pisan, se atropellan
casi en la misma fecha
porque quieren venir a conocerte.

Todos buscan tenerte de su parte.
Saber que les presentas tus respetos.

Y tú lo haces cuando te remansas
al salir al camino.
Y todo lo contemplas
con ecuanimidad, con un igual
interés por el frío y el bochorno,
por el viento de puerto o la tronada.
A todo lo que pasa
—animales, tractores, espíritus del río—
le das tu bienvenida.

Merecer los topónimos

A veces es tan fácil
como si se pusiera de pie el mapa,
como si se mudara el territorio
en maqueta aprendida de memoria
en un gran edificio de la Administración.

A veces, tan difícil
que podrías perder toda esperanza
si no conjeturases la existencia
de un plano de estas tierras, olvidado
debajo de una pila,
en un cajón que roza
como crujen las ondas de la radio
del coche en las laderas.

Al final hay un nombre,
que puedes elegir entre varias opciones,
cuando el calor anuncia que has llegado,

y huele a leña y cuero,
a almizcle de animales invisibles,
a la boca gastada de los árboles.

El niño y el fagüeño

SE HA LEVANTADO un viento
montaraz y caliente
al que ya en los periódicos habían
bautizado con nombre pintoresco.

Le han crecido tentáculos
al cielo negro sobre el valle.
Vienen de la ciudad, y aún más lejos:
dicen que el monstruo nació seco
en las regiones donde el sur se dobla.

Te tira de la bici, pero ríes,
porque ves que a los pájaros
—tus iguales, los reyes

de toda creación—
también los vuelve locos.

En tu risa se cuela
su canto alborotado,
su tácito permiso para el vuelo:

necesitan refuerzos.

El otoño o los límites del lenguaje

ver lo que ve el sol cuando resbala desde las rocas

Louise GLÜCK

QUE NO SEAS la chica
que en Madrid ha aplastado
el árbol derribado en la borrasca
de origen celta. El hijo
de escritor que murió a los cuatro años
y le dictó su libro verdadero,
esos niños ahogados en piscinas
familiares, vencidos por el humo
de un incendio en su casa,
arrollados por trenes
en la costa, de noche, que volvían
cruzando a oscuras desde la verbena.
El joven atacado con navaja

—la gente lo adoraba—
tras una discusión absurda
y acertado, maldita puntería,
en pleno corazón.

No sabía que el arco iris
se puede atravesar. Ahora mismo,
al pie de la ventana del despacho,
está naciendo uno, llegaría a alcanzarlo
con la mano, tocar de qué está hecho.
Del suelo salen; dejan sus raíces.
Este que aquí delante se me abre
parece que quisiera recoger un mensaje,
llevar algo, decirme algún lugar.

No le pido el apego de los dioses,
que la energía universal,
si se ha de equilibrar,
te coloque en el lado de la suerte.
No pido privilegios para ti;
solo quiero estadística.

Pido que llegues a viejo,
como la mayoría de los hombres;
que pases los otoños, ojalá,
bajo estas peñas, frente a la arboleda
que ahora te defiende.
Con un abrigo escaso
porque hay que tener siempre algo de frío,
intentando explicarte todo esto
hasta alcanzar los límites del lenguaje.

Que pierdas cada año algunas hojas,
que vivas en las casas
hasta que sepas cómo
se les llenan los pies de barro,
que en los últimos días
sean tus brazos ciervos milenarios.

No pienso ahora en tu conciencia,
en cómo deberás autoexigirte
cuando a final de tarde
seas de amor examinado.

Reclamo solamente
la aplicación estricta
de la ley natural:
que veas muchos muertos
antes de que te baje alguien los párpados.